

## 41. El terrible torturador

Marche, entre las Regiones del Estado Pontificio, gozó del privilegio de la constante evangelización de S. Gaspar y fue también escenario de eventos extraordinario y numerosas anécdotas, que caracterizan como siempre y doquier el apostolado del Santo. Pasando en reseña los nombres de sus hermosas ciudades y sus sonrientes pueblos, parece que él no haya descuidado alguno, tanto así que hasta el día de hoy sigue vivo en el recuerdo de los lugareños. Por lo que, desde entonces, fue llamado "*Apóstol de Marche*".

Ancona gozaba del apodo de "Fortaleza anti-papal", ya que allí pululaban sectarios, masones, ateos sin fin. Después de la famosa Misión de Rieti, Gaspar fue invitado allí con insistencia, al menos por unos diez días, con la esperanza de que podría cambiar un poco también el rostro anticlerical de aquella ciudad. Apenas se enteraron de la noticia de su llegada "los malvados difundieron entre el pueblo rumores y calumnias en contra de él" y convencieron a un buen canónigo de la Catedral a ir en contra para disuadirlo de emprender el viaje, ya que los ciudadanos estaban en estado de agitación y obstinados, y estaba en riesgo su vida. Gaspar, que entendió el truco, entró con coraje en la ciudad con sus compañeros, recibidos por el clero y el pueblo, todo lo contrario de lo que se le había dicho, con gran solemnidad y alegría y " fue tanto el entusiasmo y el éxito que, en lugar de diez, tuvo que quedarse por veintitrés día". Los opositores se habían quedado atónitos cuando el último día se dieron cuenta que de la Misión, ¡se contaron más de treinta y un mil comuniones!

Sin embargo, "Tras las huellas de tal magnitud - escribe el historiador - pronto despuntó la flor del Calvario. En Camerino, donde Gaspar había ido con los suyos después de Ancona, fueron ridiculizados en público".

La Universidad de Camerino era en ese entonces más famosa y visitada que hoy en día; aquí salía de la imprenta el diario *Giornale Ragionato*, humilde seguidor de la Diosa Razón del otro lado de los Alpes, el cual, sin esperar la llegada de Gaspar "empezó una lucha desleal", en contra del "pésimo error de las Misiones", y en contra del "derecho

que se arrogaba el Canónigo del Búfalo - definido un exaltado - de ser recibido con gran pompa". Pero viendo que el pueblo pensaba distinto que ellos y lo había acogido con grande alegría y concurría en la iglesia para escucharlo, el periódico *Giornale Ragionato*, continuó con más fuerza la campaña denigrante. Gaspar fue definido "*Títere de teatro, rodeado de ridículas mascarar engañar a la gente sencilla*". Ellos hasta se profesaban escandalizados, porque una "Religión tan pura" ¡había sido profanada por un cura tan orgulloso!

Comparando los Misioneros con una compañía de comediantes, calificaron a don Gaspar "primer amoroso", el Valentini y don Guglielmo Sillani "tenores" y don Adriano Tarulli "bajo", monseñor Piervisani "soprano" y monseñor Vincenzo Strambi - el santo obispo pasionista de Tolentino - "extra".

El efecto fue totalmente contrario a las expectativas de los bromistas, tanto que Gaspar tuvo que cambiarse de la iglesia a predicar en la plaza, ¡ya que mucha era la gente! Y aquí propio en Camerino, el Señor, que en su bondad sabe atemperar el dolor con la alegría, dispuso un encuentro inesperado de Gaspar con uno de sus antiguos terrible carcelero.

Una tarde en la Catedral, mientras descendía del escenario, un hombre, más bien anciano, se tiró a sus pies y empezó a gritar: "*¡Perdóneme, Padre, por el gran sufrimiento que le he infligido!*" El Santo, sorprendido, trató de consolarlo, pero este continuó, con voz aún más fuerte: "*¡Padre Santo, míreme bien en la cara! ¿No me reconoce?*"

¡Cuántos rostros buenos y malvados pasaban cada día frente la mirada de un misionero dinámico como don Gaspar! ¿Quién era ese hombre que imploraba? "*Padre, le he maltratado mucho, yo no soy digno de estar aquí frente sus pies. Perdóneme, perdóneme!*"

Gaspar lo fijó más atentamente y, aunque el tiempo había blanqueado los pelos y tallado profundas arrugas en la cara del suplicante, reconoció en él a un supervisor de la prisión de Bologna. Lo abrazó rápidamente, lo apretó en el corazón, lo besó y le agradeció por la oportunidad y el privilegio de sufrir por Cristo. El ex gendarme narró en voz alta lo que había hecho al Santo y concluyó: "*¡Padre, nunca se quejaba! Fue un ángel en la carne*".

¡Se puede fácilmente imaginar lo que ocurría en la iglesia! Conmoción, lágrimas, exultación! Y lo que ocurrió en la plaza, cuando se supo del episodio conmovedor.

También esta Misión concluyó con la erección de una gran Cruz de recuerdo, a los pies de la cual, se quemaban en grandes cantidades, armas y malos libros, mientras que la muchedumbre nunca dejó de aclamarlo santo.

Gaspar, humildemente repetía a sí mismo: "*Gloria a ti solo, Señor!*"